

LAS COLINAS DEL
TIGRE
SARITA MANDANNA



narrativa
salamandra

LAS COLINAS DEL TIGRE

SARITA MANDANNA

Las colinas del tigre
Sarita Mandanna

ISBN edición en papel: 978-84-9838-379-9

ISBN libro electrónico: 978-84-15470-67-0 (epub)

Depósito legal: B-11.877-2012

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2012

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Tiger Hills*

Traducción del inglés: *Patricia Antón de Vez*

Copyright © *Sarita Mandanna, 2010*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2011*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

*Para mis abuelos,
Kambeyanda Dechi y Muddayya,
Charimanda Seetha y Biddappa*

En el devenir del tiempo, en su ascenso y su declive,
el corazón está ciego, pero es el que más percibe.

PROVERBIO DE COORG

DEVANNA

1

1878

Muthavva sabía que su séptimo hijo era especial, lo había sabido desde el día que nació la niña, el día de las garzas. Fue una serena jornada de julio. Como todavía faltaban casi dos meses para que saliera de cuentas y se les había echado encima la temporada de la siembra, había postergado la marcha a casa de su madre. Tras llegar fatigosamente a los campos, allí estaba, con los tobillos hundidos en el arrozal anegado, cuando oyó un murmullo. Alzó la mirada, protegiéndose los ojos del sol con una mano y masajeándose los riñones con la otra. Por encima de ella, una bandada de garzas reales volaba en círculos. No se trataba de nada insólito, pues en todos los campos de Coorg se veían garzas, cuyos fugaces aleteos destacaban contra el verde reluciente de las plantaciones. Pero nunca en su vida había visto tantas como las que descendían ahora lentamente sobre los arrozales. Un centenar de aves, quizá más, volaban ala contra ala y sumían en sombras la llanura inundada de sol. Su aleteo ahogaba el croar de las ranas, el graznar de los cuervos e incluso el incesante barullo de los grillos.

Ya no oía la voz de su cuñado gritando instrucciones a los braceros contratados para la siembra, pues el rítmico batir de alas amortiguaba sus palabras. Las aves describieron lentos círculos, cada vez más bajos, para ejecutar un último giro cerrado y posarse en tierra. Circundada por un silencioso mar blanco, Muthavva siguió masajeándose la espalda con gesto ausente. Y entonces, de repente, las gar-

zas volvieron a alzar el vuelo. Ascendieron llevadas por algún impulso secreto, rodeándola y rociándola con las relucientes gotitas que desprendían sus alas y patas. En aquel preciso instante, ni antes ni después, Muthavva notó un líquido caliente entre los muslos. Su hija había llegado.

Las montañas. Muthavva siempre las había considerado la primera imagen que ven los muertos, en el instante inicial, cuando se elevan de las piras funerarias, deslizándose entre cenizas, llevados por el viento en su ascenso hacia las nubes. Y desde allí disfrutaban de esa primera vista, vertiginosa y espléndida, de Coorg.

Era un principado minúsculo, con forma no muy distinta a la de un patuco de bebé, enclavado en lo alto de las montañas de Sahyadri que bordean la costa meridional del país. La ladera opuesta de las montañas se precipitaba abruptamente hasta las rutilantes aguas azules del mar de Omán. El descenso por los acantilados era tan resbaladizo, con tantas rocas sueltas y guijarros afilados diseminados aquí y allá, que sólo los mercaderes más ávidos de dinero eran lo bastante insensatos para acometerlo. Se reunían dos veces al año al borde del risco, para encontrarse con los barcos árabes anclados abajo; llevaban cestas de monos capturados a los que pintaban las patas de rojo con betel y lima. Tras soltar a los animales en lo alto de los acantilados, los hacían descender al son de retumbantes tambores; en sus aterrados saltos de roca en roca, los monos dejaban un mapa de minúsculas huellas rojas que los mercaderes se apresuraban a seguir. Aun así, cada año se precipitaban al vacío algunos hombres, chillando mientras giraban en el aire para acabar estrellados contra las rocas del fondo.

Tierra adentro, el fulgor plateado del río Kaveri engalanaba las oliváceas montañas y dividía Coorg en dos pulcras mitades como de coco. Al norte se hallaban las ondulantes colinas de la región del bambú, con sus suaves cimas redondeadas y salpicadas de altos tallos y esbeltos bosqueci-

llos. Palisandros de la India y árboles del hierro, especies autóctonas como *dindul* y *benteak*, sándalos, eucaliptos y palos de rosa se intercalaban con claros ventosos donde la hierba destellaba al sol. Era la Escocia de la India. Así llamaban los numerosos habitantes blancos de Coorg a esa parte del país que tanto les recordaba a Europa. Se habían empeñado en civilizar la capital, Mercara, rebautizando las calles como Tenth Mile, Queens Way y Mincing Lane. Sus fincas se concentraban en torno a la ciudad, plantaciones de café surgidas de granos traídos de Ceilán que habían arraigado con rapidez en aquel suelo virgen. Sus casas de hacendado se disponían en una serie de círculos desiguales alrededor de Mercara, con tejados rojos a dos aguas y cristales biselados, porches, campos de cróquet y canchas de tenis.

Hacia el sur se hallaban los bosques de Shola, completamente distintos. Agrestes extensiones de higueras sagradas, quinos, ébanos, cedros rojos y palos maría formaban densos grupos, adornados con pie de lobo y exuberantes orquídeas sin perfume. Entre sus troncos brotaban marañas de sotobosque espinoso, donde enormes telarañas laboriosamente tejidas tendían puentes entre las raíces expuestas y retorcidas.

Aquí y allá, diseminadas de manera casi equitativa entre norte y sur, se hallaban las aldeas, un mosaico aterciopelado de terreno selvático, húmedo, fértil y oscuro como la noche allí donde se habían talado los árboles. Las franjas de peridoto de los arrozales bordeaban los pantanos junto a los arroyos. Las viviendas de techumbre de paja dorada de los nativos de Coorg se extendían por doquier, cada una con un pequeño pantano propio y pastos, y de cuyas chimeneas se elevaban reveladoras volutas de humo entre los árboles.

Y por fin se hallaba el bosque más profundo, al pie de las montañas, la punta del patuco que, tejida muy prieta, formaba una capa protectora sobre el extremo de Coorg que sobresalía hacia Mysore. Era una jungla densa, con su

belleza peligrosa y cautivadora, cruzada tan sólo por senderos apenas visibles. Únicamente los lugareños conocían bien esas trochas; ellos y los miembros de la casta holeya, oscuros como el carbón, que los servían.

Los senderos siempre habían sido un secreto guardado con gran celo, en particular en los viejos tiempos en que Coorg había estado sitiada. Los sultanes de Mysore llevaban generaciones tratando de someter a aquel principado que se obstinaba en su independencia. Las guerras intestinas, los secuestros, las circuncisiones forzadas y las ejecuciones en masa no habían hecho sino unir a los nayak, patriarcas de las ocho familias más importantes de Coorg. Habían hecho causa común y pedido a los clanes bajo su jurisdicción que se enfrentaran hombro con hombro a Mysore. Los habitantes de Coorg opusieron resistencia a los sultanes, afianzando sus pies en la tierra y aferrándose a ella como los cangrejos cobrizos que excavaban las madrigueras en sus campos.

Cuando los británicos y su compañía John, como se referían allí a la Compañía de las Indias Orientales, se habían hecho por fin con el poder en Mysore, los nativos de Coorg se habían alegrado unánimemente. En el tratado de paz que siguió, Coorg fue cedida a los británicos, quienes supieron captar el potencial de aquella pequeña provincia, apreciar sus montañas brumosas y su clima salubre, tan apropiado para el café. Repararon en los habitantes, altos y feroces exaltados que se atrevían a mirarlos a los ojos y hablarles de igual a igual. Los británicos habían tenido la sensatez de mostrarse pacientes, imponiendo sus intereses con una determinación educada y esmeradísima. Por fin, cincuenta años después de haber tomado Mysore, fueron formalmente acogidos en Coorg.

Aun así, pese a esos tiempos de paz y a las carreteras de sienita hechas por los británicos, que bordeaban el bosque y conectaban Coorg con las provincias vecinas, la memoria colectiva estaba muy arraigada. Siempre había un grupo de lugareños, robustos y armados, apostado en la

curva que daba entrada a la espesura, donde la carretera de Mysore se encontraba con el principio del sendero. Los nayak compartían la responsabilidad de guarnecer ese puesto: cada uno proporcionaba hombres de los clanes bajo su dominio durante períodos de cinco semanas, excepto los tres meses de monzones, en que las trochas se volvían impracticables a causa de los desprendimientos de tierra y los árboles abatidos por los rayos.

Ese día, el puesto de vigilancia estaba muy tranquilo. Los hombres roncaban sobre el burdo *machan* de bambú y arpillera. Nachimanda Thimmaya se hallaba de guardia. El viento de la tarde había arreciado, soplando a ráfagas entre los árboles y esparciendo las hojas secas sobre el *machan*. Thimmaya se estremeció y se arrebujó aún más en la túnica. Ojalá hubiese acertado ese año y elegido la concha blanca de cauri, qué mala suerte. Cuando el nayak Pallada, el patriarca de la aldea, había anunciado la fecha de la elección del cauri, Thimmaya acudió especialmente al templo de Iguthappa para ofrecer a su todopoderosa deidad, Iguthappa Swami, dos rupias, una cantidad que apenas podía permitirse. Había sacrificado un ave de corral a sus ancestros y otra a los *vira*, los fantasmas del valor. Para no dejar nada al azar, incluso había tratado de que los espíritus del bosque le fueran propicios depositando allí un fardo con cerdo y arroz. El día de la elección, cuando el sacerdote había tendido hacia él los puños apretados, Thimmaya había elevado una plegaria más a Iguthappa Swami. Pero no: tras señalar un puño, el sacerdote lo había abierto, dejando al descubierto un cauri negro, de modo que Thimmaya había sido elegido una vez más, por tercer año consecutivo, para el puesto de guardia.

Aquel año se le hizo especialmente duro. Estaban en época de siembra y en los campos se necesitaban todas las manos disponibles. Muthavva debería haber estado en casa de su madre, no inclinada en el arrozal, ya que llevaba otro hijo en su vientre, redondo y abultado. Había sido un embarazo difícil, con pequeñas pérdidas de sangre en las pri-

meras semanas y dolor de espalda a medida que la panza crecía. Su hermano Bopu le había ofrecido sustituirlo en el puesto de vigilancia, pero Thimmaya se había negado, pues Bopu tenía su propia familia que alimentar y, además, el nayak Pallada no lo habría aprobado. Suspiró hondo. Si el precio del cardamomo volvía a descender ese año en Malabar, la familia tendría que apretarse el cinturón.

Estaba allí sentado, perdido en sus pensamientos, cuando de repente dio un respingo. Alguien llegaba a la carrera desde la jungla, llamándolo.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? —exclamó, cogiendo el mosquete para escudriñar entre las ramas.

La figura se hizo visible y a Thimmaya le dio un vuelco el corazón al reconocer a uno de los mozos que cuidaban del ganado del nayak Pallada.

—¿Qué ocurre? —preguntó con aspereza, bajando de un salto del *machan*.

—El niño... —respondió el holeya jadeando y enjugándose la cara—. El niño está en camino.

El rostro de Thimmaya se contrajo. ¿Acaso no había dicho Muthavva que faltaban varias semanas para la llegada del bebé? ¿Cómo es que empezaban tan pronto los dolores?

Los hombres lo rodearon mientras se ataba las sandalias y se embutía la daga en la faja, dándole palmadas en el hombro y diciéndole que no se preocupara. Pero él apenas los oyó, pues todos sus sentidos estaban concentrados en llegar junto a su esposa lo antes posible. Corrió sendero abajo hacia la aldea de Pallada, con el holeya tratando de seguirle el ritmo.

—Por favor, Iguthappa Swami —rogaba sin cesar—. Por favor.

Llegó a la aldea justo antes del anochecer, y enseguida se encaminó a casa de los Pallada a presentar sus respetos. Los faroles recién encendidos proyectaban la sombra del nayak en sus idas y venidas por la galería.

—Ah, Thimmaya, ¡has llegado! —exclamó, complacido, cuando él se inclinó para tocarle los pies—. Muy bien, muy bien; ahora ve junto a tu esposa. —Thimmaya asintió, incapaz de hablar, y el nayak añadió para tranquilizarlo—: No hay motivo de preocupación. Todo va bien.

Thimmaya volvió a asentir, todavía con un nudo en el pecho. Tocó los pies del nayak y luego echó a correr hacia su casa, que quedaba a más de un kilómetro de distancia. Cuando llegó ya había oscurecido del todo; se habían encendido los faroles y alimentado a los perros, que ya estaban sueltos para la noche. Cuando se detuvo ante el *aimada*, el templo a los antepasados que había en el patio, los animales se precipitaron a su encuentro ladrando.

—Antepasados del clan Nachimanda —entonó pasando las palmas sobre las vacilantes llamas de los faroles—, os ofreceré un ave en sacrificio. Por favor, haced que mi esposa esté bien.

En ese momento, sus sobrinos y su hijo salieron a la carrera a recibirlo, así como su madre, risueña y tendiéndole los brazos.

—Uyyi! Has venido, *monae*.

—¿Y Muthavva?

—Está bien; las dos están bien, *monae*. Entra a ver a la joya de tu hija.

Le trajeron agua calentada en el hogar para que se lavara manos y pies, y luego se dirigió al dormitorio, donde Muthavva yacía en el lecho de ambos, enrojecida y agotada. Su madre le puso el bebé en los brazos y al bajar la vista hacia su hijita, que no paraba quieta, el nudo del pecho se deshizo por fin, para disolverse en una emoción tan intensa que tuvo que parpadear a fin de contener las lágrimas.

Muthavva nunca le contó que las garzas habían anunciado el nacimiento de la niña. Se había puesto de parto tan repentinamente y con dolores tan intensos que su cuñado había corrido con ella en vilo desde los campos hasta la ca-

sa. La criatura tenía tanta prisa por nacer que apenas había llegado la partera cuando irrumpió en el mundo. Mientras las mujeres se afanaban de aquí para allá, buscaban el gong de latón para anunciar el nacimiento de una niña y se enviaba a los criados a distribuir copos de arroz y plátanos en la aldea, Muthavva tomó una decisión. Había dado a luz a seis criaturas antes de aquélla; seis varones sanos y berreones, de los cuales sólo el mayor, Chengappa, había superado la primera infancia. Tocó con un dedo la nariz respingona y perfectamente formada del bebé. En su fuero interno sabía que aquella niña era especial. ¿Por qué empañar su nacimiento hablando de presagios o portentos? Entonces decidió que no le contaría a nadie lo de las garzas.

Sin embargo, sí lo mencionó una vez. Tras los cuarenta días de purificación rituales, se desató los prietos paños que le sujetaban el abdomen, se levantó del lecho del parto y se la consideró capaz de retomar sus tareas domésticas. Entonces, la familia llevó a la niña al templo de la aldea para la lectura de su horóscopo. El anciano sacerdote cogió el manuscrito de maltrechas hojas de higuera sagrada, envuelto en seda naranja y transmitido durante generaciones de padre a hijo. La niña contraería matrimonio, predijo, y tendría descendencia. También había riqueza en su destino, pero... De repente, guardó silencio. Muthavva y Thimmaya intercambiaron una mirada ansiosa.

—¿De qué se trata, ayya? ¿Qué ves? —quiso saber la madre de Thimmaya, y en su inquietud aferró tanto al bebé contra sí que la hizo debatirse y protestar.

—Nada... no es nada... Sin embargo... —El sacerdote volvió a consultar sus hojas. Alzó la vista hacia los rostros preocupados que lo rodeaban, como si reflexionara sobre qué decirles. Por fin, hurgando en una destartada caja de madera, añadió—: No es nada. Tomad. —Sacó un amuleto—. Esto la protegerá.

Explicó que el amuleto tenía grabado un poderoso mantra que la protegería del mal de ojo. Más valía que la

pequeña lo llevara en todo momento. Acallando sus inquietas preguntas, les tizó de bermellón las frentes y ató el amuleto en torno al brazo del bebé con un cordón negro.

Tras rozar con la frente los pies del sacerdote, se postraron ante el ídolo. Ya se hallaban en el exterior, parpadeando ante la luz repentina, cuando Muthavva, exclamando que le faltaba un pendiente y que debía de habersele caído durante la lectura, se precipitó de nuevo en el templo.

—Ayya? —llamó suavemente, mientras sus ojos tardaban en volver a acostumbrarse a la fresca penumbra del santuario.

El sacerdote, que estaba despejando los restos de la *puja*, alzó la mirada un tanto irritado.

—Sí, muchacha, ¿qué pasa ahora?

Muthavva le contó que había visto las garzas, la inquietante precisión de sus maniobras, como si hubiesen acudido a anunciar el nacimiento del bebé. ¿Qué significaba? ¿Qué había leído él en las hojas? ¿Había algo que no les hubiese contado? ¿Acaso un destino terrible aguardaba a su hija?

El anciano suspiró. ¿Quién podía saber lo que significaban aquellas aves? Se decía que cuando una cobra real acechaba a un hombre dormido y, en lugar de clavarle los colmillos, abría su caperuza para protegerlo del sol, entonces ese hombre se convertiría en rey algún día. Quizá las garzas reales también presagiaran algo, o no. ¿Quién era capaz de leer la mente del dios?

Cuando Thimmaya fue a ver al nayak Pallada al día siguiente, de camino al puesto de vigilancia, éste lo dispensó generosamente de acabar su turno como vigía. Dijo que era lo mínimo que podía hacer por Muthavva y que, además, estaban en época de siembra y Thimmaya tenía una boca más que alimentar. El nayak enviaría a su hijo más joven en su lugar.

La cosecha de ese año fue tan abundante que con el oro ganado Thimmaya pudo comprar dos vacas lecheras; el precio del cardamomo fue el más alto de los últimos seis